

EN el caso de que las falacias históricas y jurídicas de la argumentación irredentista sean descamascaradas, denunciadas por esa misma historiografía nacional que ingenuamente las ha compartido durante tanto tiempo, la postura oficial de la Comisión de Límites podrá cambiar un día, demarcarse la frontera, reconstruirse puente Ajuda y abrirse, en suma, una nueva etapa en las relaciones Olivenza-Portugal, no enturbiada por la sombra vindicativa de ninguna reclamación. En el caso de que el frágil castillo de naipes de la escolástica siga dictando la postura oficial de la Comisión de Límites, 50 kilómetros de línea fronteriza continuarán por demarcar, puente Ajuda seguirá siendo una poética ruina y nuevos «comités Olivença portuguesa» calentarán el horno del recelo y la suspicacia oliventina frente al anexionismo luso. Tal es la encrucijada en que actualmente se encuentra Olivenza.

Conviene no llamarnos a engaño: ningún Gobierno portugués apadrinará la causa irredentista. A pesar de que el desacuerdo subsiste en el seno de la Comisión Internacional de Límites, Olivenza nunca llegará a erigirse en obstáculo al necesario entendimiento entre los dos estados peninsulares. Vale demasiado poco, este pequeño pedazo de tierra seis siglos bajo la soberanía de las quinas, como para enturbiar las buenas relaciones de dos vecinos condenados a entenderse, socios a la vez de plataformas económicas, políticas y militares conjuntas.

La ausencia de marcos fronterizos entre la desembocadura de los afluentes Caia y Cuncos en el Guadiana no impidió a Salazar y Franco suscribir en 1944 el famoso Pacto Ibérico, en el que se sancionaba la integridad de los respectivos territorios. El artículo II del Tratado de Amis-

Un problema pendiente entre España y Portugal (y VII)

La encrucijada oliventina

LUIS ALFONSO LIMPO

dad y Cooperación Hispano-Portugués, actualmente en vigor y firmado en 1977 por Soares-Suárez, dice textualmente: «Las partes contratantes, en el respeto a la igualdad soberana y a la identidad de cada una de ellas, reafirman la inviolabilidad de sus fronteras comunes y la integridad de sus territorios.»

¿Como puede reafirmarse —preguntarán algunos, no sin razón...— la inviolabilidad de algo que oficialmente no existe...? Son estas sutilidades de la política que escapan al grosero entender del común de los mortales.

Con motivo de la firma del tratado de 1977, un periodista inquirió provocativamente al hoy presidente y entonces primer ministro luso sobre la cuestión de Olivenza. Su respuesta — Mario Soares no hablaba desde luego a título personal — fue la siguiente: «As fronteiras entre os dois países são estáveis desde há muitíssimos anos. Não seria realista nem sensato pensar na sua alteração.» (A CAPITAL, 23-XI-1977, pág. 9).

¿Cómo conciliar esta rotunda afirmación con las recientes declaraciones efectuadas el *Dia-rio de Lisboa* por el presidente de la CIL portuguesa, embajador Wemans: «Olivença, do ponto de vista legal, continúa a ser nossa»? Necesariamente, algo debe cambiar en la postura política portuguesa respecto a la antigua villa das oliveiras.

Si los derechos de Portugal sobre Olivenza, como afirman los irredentistas y con ellos la historiografía nacional, son incontestables, por qué razón el

Estado portugués no los ha asumido dándoles el correspondiente curso diplomático, bien ante el propio Gobierno de Madrid, bien ante los tribunales internacionales de justicia, que para algo están...? Nadie que se crea con derechos sobre algo deja de hacerlos valer. A menos que renuncie a ellos por generosidad. Ya sabemos que no es este el caso de Olivenza, donde si la frontera continúa por demarcar es debido a la tozuda negativa portuguesa.

En el supuesto de que Albión, tras sopesar fría y calculadamente perjuicios y beneficios, alojara un día la mano de hierro con que ha retenido desde 1704 la roca de Gibraltar, no lo dudemos ni un momento: un clamor recorrería de norte a sur las tierras de Alfonso Henriquez exigiendo a España la devolución de Olivenza. Sin embargo, ¿por qué, si ambos casos son análogos, Portugal nunca ha llevado oficialmente sus incontestables derechos sobre Olivenza a los foros internacionales, como hizo España ante la ONU en 1966?

No le demos más vueltas. Son demasiadas las contradicciones en que se halla envuelto el contencioso oliventino como para no pensar a estas alturas que se trata de un mito alimentado por ese agua amarga que manan las recónditas fuentes de la atávica hispanofobia portuguesa; un mito bendecido por la pluma de un patriarca de la historiografía lusa, el profesor Queiroz Velloso; un mito propagado por el ardoroso y cuasi místico celo de un oliventino

abrasado por las nostalgias del exilio —Ventura Ledesma Abrantes—; un mito oficializado por la negativa de la Comisión de Límites a demarcar la frontera; un mito consentido, en fin, por el Estado Novo, que vio en él un saludable argumento de exaltación nacionalista y patriótica.

Luso-español ←

Olivenza, esa escuela del antagonismo, provocado en la Península por la estrategia napoleónica, es una putrefacta rencilla de vecinos mantenida deliberadamente en hibernación desde hace ahora 187 años. El Portugal democrático y europeísta de nuestros días no sabe qué hacer con ella. Mientras el Ministerio de Asuntos Exteriores, a través de su Comisión de Límites, mantiene una postura conservadora, pasiva y testimonialmente orgullosa, el Ministerio de Educación, a través del ICALP, mantiene una postura progresista, activa, de franca, generosa y fructífera cooperación con las autoridades españolas en Olivenza.

Casi dos siglos han pasado desde 1801. Los oliventinos de hoy, profundamente aculturados, sienten su nacionalismo español de manera tan honda y sincera como pueden los portugueses sentir el suyo. Aunque lo desconocen, aman a Portugal y se sienten orgullosos de las bellezas y monumentos que les dejaron en herencia sus abuelos. Intuyen que esa herencia merece ser preservada, porque forma parte de una identidad que les individualiza como grupo humano. Pero al mismo tiempo, gracias a los AMIGOS DE OLIVENÇA, almirantes sin miedo y comités-pro, sienten también un profundo e instintivo recelo y rechazo ante la más mínima insinuación reivindicativa.

La situación, en Portugal, es más confusa todavía. El ilusorio

y frágil castillo de naipes de la argumentación irredentista, asumido por la historiografía nacional, ha pasado de aquí al subconsciente colectivo portugués. El país en su conjunto, sin embargo, se resiste a identificarse con los diversos movimientos que hasta la fecha han abanderado el rescate de la bella cautiva del Alentejo. Los gobiernos, asumiendo también de forma pasiva la tesis irredentistas, mientras por un lado han reconocido la integridad del territorio español, por otro la han impugnado, alegando derechos sobre la zona de Olivenza, donde la frontera sigue por demarcar. Como consecuencia de esta situación de impasse, las dos mitades del puente de Ajuda continúan sin poder fundirse en un abrazo de piedra sobre el sereno cauce del Guadiana.

Olivenza, como vemos, es un saudoso laberinto de paradojas en el que al parecer nadie ha encontrado aún el hilo de Ariadna salvador. La encrucijada de su presente no puede ser más decisiva: la adecuada revisión de su pasado depende, en buena parte, su porvenir, su futuro. Si este pasado se desmitifica, se despoja de falacias y sofismas, se reescribe a partir de un método crítico, y no sobre la base de una ideología, de unos prejuicios nacionalistas, cabe la esperanza de que, más tarde o más temprano, la situación real y la legal puedan ajustarse la una a la otra, como una mano a un guante.

Sería la última de las paradojas de este contencioso secular y un punto surrealista: demarcar definitivamente, a las puertas del siglo XXI, la frontera más antigua de Europa, para anularla casi de inmediato reconstruyendo el puente de Ajuda. El hilo invisible del tiempo uniendo, en su discurrir, la Guerra de Sucesión y el Acta Unica Europea.